
LA COMPLEJIDAD DE LAS RELACIONES
SOCIALES Y LA ENCÍCLICA *CARITAS*
IN VERITATE

JUAN ANDRÉS MERCADO

No consigo imaginar una actividad de este tipo durante mis años de estudiante de licenciatura: que un texto “papal” sea objeto de debate y reflexión en una sede universitaria en nuestro país me resulta casi sorprendente, a pesar de haber frecuentado las aulas de una institución que siempre ha mantenido la comunicación entre “la” razón y las razones de la fe, así como de sus tradiciones y su valor fundante en la sociedad. Afortunadamente, los tiempos han cambiado, y tanto los medios de comunicación como la elevada talla intelectual de los dos últimos pontífices romanos han hecho que el ambiente universitario encuentre en ellos fuente de inspiración.

La doctrina social de la Iglesia es, precisamente, social, no meramente económica. La problemática social es mucho más amplia que la trama del intercambio económico, y precisamente esta amplitud de miras es lo que permite a una institución como la Iglesia Católica renovar su mensaje en este campo. Fiel a su tradición, como se ve en el texto de la Encíclica, no propone modelos económicos concretos, sino que los pone en relación con muchos otros aspectos de la vida en sociedad.

Un punto muy importante de *Caritas in Veritate* es la idea –retomada de Paolo VI– de que “el mundo sufre por falta de

pensamiento”:¹ aunque pueda parecer un lamento superficial, se trata de un hilo conductor importante para no cerrar el ámbito de la reflexión y afrontar los problemas con seriedad y profundidad. Por ejemplo, y como una concretización importante del documento, está la insistencia en no desvincular –como ya ha apuntado el profesor Castillo– el amor de la razón: para que el amor no degenera en sentimentalismo y sea capaz de mantener la tensión que los proyectos le exigen, es indispensable su permanente vinculación a la razón, al *logos*.² Los sentimientos, incluso los más nobles, deben estar estructurados por los elementos racionales.

El profesor Pallares indicaba, por su parte, una distinción que parece muy sencilla y que la Encíclica subraya en varias ocasiones, es decir, la que hay entre medios y fines.³ Lo hacía al mencionar el papel de los instrumentos de la economía y de las ciencias sociales: todas las herramientas que se elaboren en este campo deben estar al servicio de la persona y del bien común, y no al revés.⁴ La economía cerrada en sí misma pierde sentido, y por eso es muy fácil confundir los medios con los fines. En el ejemplo que citaba el profesor Pallares, del empresario que “se lleva” el capital a otro lugar porque en el actual han bajado sus márgenes de ganancia, está limitando su labor a un solo aspecto del problema: no se tiene en cuenta que su decisión afecta a un determinado número de obreros, y que eso influirá en sus familias, etc. Todas las decisiones “técnicas” tienen un impacto social y una valoración ética:⁵ dónde se lleva un capital, cómo se invierte, influye en la creación o supresión de ciertas condiciones de vida para las personas.

Esta amplitud de perspectivas se manifiesta también en otro caso concreto, que es el llamado a las organizaciones sindicales a ponerse al día, a hacerse cargo de los cambios que se han generado en las últimas décadas en las relaciones obrero-patronales, para

¹ CV n. 53 y *Populorum progressio* n. 85.

² CV n. 3.

³ CV nn. 32 y 71.

⁴ CV nn. 17, 21, 36, 65.

⁵ *Cfr.* CV 40, 70.

llevar a cabo una verdadera labor en servicio de sus afiliados: las denuncias y las reivindicaciones que *Rerum novarum* hacía propias, han evolucionado sensiblemente.⁶

Cito estos ejemplos porque es fundamental en la Encíclica una idea ya subrayada por el profesor Castillo, es decir, que la reflexión sobre las cuestiones sociales debe estar basada en la persona y en sus necesidades, debe ser una ciencia con raíces *antropológicas*,⁷ capaz de comprender la finalidad de los seres humanos y no confundir, repito una vez más, el instrumento con su finalidad.

En este sentido, en un pasaje que afronta una problemática muy amplia, el documento de Benedicto XVI recuerda algunas contradicciones de nuestra época, como es la excesiva preocupación por el medio ambiente y los animales, que coincide en no pocas ocasiones con el desprecio de la vida humana.⁸ De nuevo estamos ante una confusión entre medios y fines.

Hay otro tema de gran calado antropológico y que considero muy apropiado subrayar en esta Universidad, por la importancia que le daba su inspirador, Josemaría Escrivá. Se trata del sentido del trabajo: el trabajo bien hecho; el trabajo *decente*, o sea, bien retribuido, con unos horarios compatibles con la atención a la familia y que tenga en cuenta la diversidad de funciones dentro de ésta.⁹ Todo esto debe ser tomado en cuenta para planificar el trabajo, aunque parezca una verdad de Perogrullo, con una perspectiva al servicio de la persona.

Una idea en la que confluyen estas consideraciones es la de la necesidad de recomponer un saber sapiencial para guiar el pensamiento social:¹⁰ no se puede confiar solamente en la capacidad técnica, en la aplicación de reglas, etc. Hay que saber al servicio de quién deben estar los instrumentos en uso o en desarrollo, por ejemplo, si las finanzas están al servicio de los trabajadores o de los accionistas. Tienen que estar al servicio de todos, pero esta

⁶ CV nn. 25 y 64.

⁷ CV, nn 42-43, 73, 75.

⁸ CV, nn. 15-16, con numerosas referencias a *Humanae vitae* y *Evangelium vitae*; 75.

⁹ CV, n. 63.

¹⁰ CV, n. 31.

perspectiva se pierde por situaciones que no son excepcionales, y se cita el caso de los agentes financieros o de los directivos que están cada vez más alejados de los medios de producción de riqueza, y cada vez más presionados por los informes sobre los dividendos: con exigencias de este tipo, es fácil caer en la lógica de la ganancia en el breve periodo sin producción de riqueza, para satisfacer sólo a un sector de los participantes en la empresa.¹¹ El mecanismo, cuya finalidad original es buena, se convierte en un ciclo perverso. Cuando estas tendencias se convierten en la norma, es muy fácil que los responsables caigan en comportamientos cínicos que hubieran reprobado en la teoría.

En la Encíclica está plasmada, a través de éstas y otras ideas, la batalla personal de Josef Ratzinger-Benedicto XVI contra el relativismo, que me sirve para redondear estas breves reflexiones, en lugar de tomarlo como punto de partida.¹² La raíz de nuestro comportamiento está en aceptar que el conocimiento de las cosas es exigente, ya que la realidad nos interpela, demanda algo de nosotros. Además, ser capaces de dar una respuesta eficaz implica poner en marcha muchas cualidades que no siempre estamos en condiciones de actualizar, y que requieren de un activo espíritu de colaboración porque las necesidades son complejas. En términos de relaciones sociales, esto significa que la indigencia material o espiritual de los demás no nos puede dejar indiferentes, requiere una respuesta de cada uno de nosotros. Esta es una forma real de ir contra el relativismo.

Una última observación, curiosamente, tiene que ver con el escepticismo de que suscribe: en uno de sus puntos conclusivos, *Caritas in Veritate* propone la creación de un organismo internacional, con autoridad reconocida por todos los gobiernos, que tenga un papel de arbitraje en la toma de decisiones importantes para la vida social, ya que las ideas tradicionales sobre los confines políticos han perdido consistencia. Se trataría de una especie de ONU desinteresada, capaz de indicar la corrección o la irregularidad de las medidas tomadas o por tomar, para regular mejor

¹¹ CV, n. 40.

¹² Cfr. CV, nn. 26, 61.

los intercambios entre las gentes.¹³ Me refería a mi escepticismo a este respecto, porque a los pocos días de la publicación de la Encíclica tuve oportunidad de escuchar al ministro italiano de Economía, Giulio Tremonti, precisamente sobre este punto.¹⁴

El ministro, que sin ser creyente comparte con el Papa muchas ideas fundamentales sobre las bases de la sociedad, advertía que los ministros y demás responsables de la economía de todos los países del mundo, de hecho, se estaban reuniendo frecuentemente en foros más o menos amplios: la extensión y la profundidad de la crisis ha hecho necesario un intercambio continuo de ideas para interpretar los problemas y buscarles soluciones. Esto está ocurriendo a distintos niveles y, aseguraba en esa intervención, se trata de un gran experimento sin precedentes: de manera natural, los gobernantes están buscando una orientación *super partes* para hacer frente a una realidad tremendamente compleja y cuyas consecuencias últimas ignoramos.

También en esa línea sugería que todos los gobernantes y responsables de los asuntos económicos de todo el mundo deberían leer la Encíclica, pues se trata del único documento programático y completo sobre estas cuestiones. Por experiencia propia, afirmaba que en los últimos meses había tenido que estudiar –como todos sus colegas– una enorme cantidad de diagnósticos y propuestas más o menos amplios, ninguno de los cuales llega a las raíces de los problemas como lo hace la Encíclica. Esto, concluía, es suficiente para darse cuenta de la importancia del documento de Benedicto XVI.¹⁵

¹³ CV, n. 67.

¹⁴ Conferencia del 22 de julio de 2009, cfr. www.vaticanradio.org/it1/Articolo.asp?c=304510; cfr. también www.agenziairadicale.com/index.php?option=com_content&task=view&id=8524&Itemid=53.

¹⁵ *Idem*.

